

HOMENAJE AL PROF. ÁLVAREZ VILLAR, por D. Manuel Sendín Calabuig

Es un honor, al tiempo que una gran responsabilidad, participar en este homenaje póstumo que el Centro, como institución, hace a mi querido maestro el profesor y catedrático de la Universidad salmantina don Julián Álvarez Villar. Responsabilidad, digo, porque dudo que mis palabras sean capaces de expresar y transmitir a vosotros, -a ustedes-, los sentimientos de mi corazón hacia él, hacía su persona, a su legado profesional y académico.

Conocí personalmente a don Julián hace cincuenta y tres años, en 1965, cuando, en el instituto de enseñanza media Fray Luis de León de Salamanca, fue mi profesor de Historia del Arte por primera vez. Después me impartiría clases en la Universidad, en el primer año de “comunes” y en la especialidad de la Licenciatura en Historia. Él me dirigió la memoria de licenciatura que se convertiría en Premio “Villar y Macías”, y también él, don Julián, asumió la dirección de mi tesis doctoral, que sobre el Colegio Mayor del Arzobispo Fonseca se convertiría en libro editado por la Universidad de Salamanca.

Respeto, admiración y gratitud. Respeto, no sólo por ser persona de mayor edad que la mía, sino, y especialmente por ser mi profesor con mayúsculas y yo, como la mayoría de los alumnos, siempre he guardado el respeto debido a todos mis profesores. De ahí que, pese a la amistad que nos unía, el tratamiento hacia él fue siempre de usted y anteponiendo el don a su nombre de pila cuantas veces me dirigí a él. Admiración, por su capacidad de trabajo y de gestión, por su magisterio, por su incansable dedicación al patrimonio histórico artístico, por su nobleza en el trato. Y gratitud por haber sido él, don Julián, quien propició mi vida académica futura.

Este Montañés, que no cántabro, natural de la villa de Limpias, persona afable, cordial y buen comunicador recaló en esta ciudad de Salamanca, tras su paso por

Ponferrada y Pontevedra donde ya ejerció como catedrático de instituto. Ya en Salamanca, fue trascendental su incorporación a la Universidad, como profesor agregado de la misma primero y después como catedrático, porque supo dar vitalidad a un departamento, el de Historia del Arte, que conoció, gracias a él, una época de esplendor en la década de los 70 con un grupo de jóvenes profesores a

los que él supo motivar para que emprendiesen, para que emprendiésemos, el camino de la docencia e investigación universitaria. Los ya fallecidos Jaime Pinilla y José Ramón Nieto, el aquí presente y miembro del CES Antonio Casaseca, Domingo Montero, Emilio Píriz y yo mismo. A todos nos dirigió tesinas y tesis, a todos nos escribió el prólogo en la publicación de las mismas y a todos nos inculcó una metodología de investigación que él mismo había probado con éxito en su tesis doctoral y que básicamente consistía en una rigurosa descripción con análisis pormenorizado de la obra artística, siempre avalada por las fuentes documentales. Además, la aplicación de la heráldica al hecho histórico-artístico -principalmente a los edificios- en la que el profesor Álvarez Villar fue pionero, resultó ser de gran utilidad para la identificación y datación cronológica de gran número de obras artísticas.

Las visitas organizadas por él en Salamanca ciudad a edificios emblemáticos, como la catedral nueva, en este caso, con la colaboración inestimable del arquitecto Fernando Pulín, -restaurador del patrimonio arquitectónico salmantino-, gracias al cual pudimos acceder al trasdós de las bóvedas de la catedral nueva y otros corredores y pasadizos ignotos para el común de los turistas, adelantándonos 40 años al "Ieronimus". Como la Clerecía, en donde nos sirvió de guía el superior provincial de los Jesuitas, con acceso a zonas y parajes que entonces pocos habían tenido oportunidad de llegar, a zonas donde, por seguridad tampoco hoy pueden acceder los turistas del programa "Scala Coeli", como por ejemplo cruzar la

pasarela que une el cimborrio con las torres y, desde la fachada, asomarnos a la c/ de la Compañía para ver la Casa de la Conchas en vertical, de arriba hacia abajo, con una perspectiva inusual. O como la visita hecha, en el edificio de las Escuelas Mayores, a la bóveda de la antigua biblioteca, donde sorprendidos, pudimos ver la huella de la decoración pictórica que hoy denominamos el Cielo de Salamanca. O, también, la visita realizada a los restos del monasterio de Ntra. Sra. de la Victoria en las instalaciones de la fábrica de Mirat, hoy incluido en el programa de visitas “las llaves de la ciudad”, puesto en marcha en 2008.

Fueron en aquella época frecuentes también las excursiones de trabajo por la provincia: a los conventos de la Casa baja del Maíllo y de Ntra. Sra. de Gracia en San Martín del Castañar, a Ciudad Rodrigo, Ledesma y, sobre todo y muy especialmente, a Miranda del Castañar, villa condal de la que quedó don Julián

embelesado, yo diría embrujado, quizá por los paisajes serranos y las abundantes construcciones blasonadas que le recordarían sin duda su Montaña natal.

Recuerdo también la visita que hicimos, quienes entonces éramos profesores del Departamento, al pueblo fantasma de Granadilla con su castillo, iglesia y muralla tras cruzar en barca, una precaria barcaza cuadrada, las aguas del embalse que le rodeaba totalmente en aquella época. Aquel mismo día, después, fuimos a ver el palacete de recreo y los jardines renacentistas que los duques de Alba tuvieron en Abadía con sus bellas esculturas de mármol de Carrara. También se realizaron viajes departamentales a otras localidades de la región: San Baudelio de Berlanga, a El Burgo de Osma, a Medina del Campo.

Precisamente de la región, tengo en mente de forma imborrable la visita en grupo, organizada por don Julián, que hicimos, valiéndonos de dos coches particulares, a la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga y su cueva aneja. En aquel tiempo, un pastor de la cercana localidad de Caltojar situada a cuatro kilómetros,

hacía de guarda de la pequeña iglesia y era el encargado de abrirla y cerrarla a los visitantes sin un estatus laboral apropiado. La intervención de don Julián a raíz de nuestra visita, dirigiéndose a la Diputación de Soria por carta, permitió que esta persona fuera contratada para dicho servicio de forma permanente.

Viajes de estudios con alumnos a San Pedro de la Nave, Quintanilla de las Viñas, San Juan de Baños, a las impactantes ruinas del monasterio de Moreruela, a Valladolid, a Palencia, León y Burgos.

En la introducción del libro sobre Extremadura, tras lamentar que los únicos datos fiables de los que partía su estudio, encargado por la Fundación March para la Serie Tierras de España, eran de 1924 / 1925...dice don Julián: "me impusieron un ineludible recorrido de más de cuatro mil km. por ambas provincias en el verano de 1972 para la toma de contacto inicial previa a la redacción del texto...En esos viajes se hizo la casi totalidad de las fotos guía para este libro, hábilmente realizadas por el profesor Sendín Calabuig del Departamento de Arte de la Universidad de Salamanca, que accedió a acompañarme renunciando a sus vacaciones". Cómo no iba a renunciar a mis vacaciones, si con esta amable solicitud de ayuda y colaboración, veía cumplidos mis sueños de aprendiz de profesor y discípulo ansioso de conocimientos. Fueron algo más de dos semanas inolvidables, en las

que a pesar del ritmo frenético con el que nos movíamos de una localidad a otra y de la canícula del verano extremeño, todo se desarrolló sin contratiempos, gracias a la labor que él, don Julián, había venido realizando meses antes, recopilando datos, enviando cartas a las autoridades eclesiásticas de monasterios y cabildos catedralicios para que con los permisos correspondientes no se nos pusieran trabas. Fue el trabajo de campo más extraordinario que he realizado, en el que además de la interesante labor fotográfica, que lo fue y en demasía, aprendí en vivo y en directo de todos los estilos y manifestaciones artísticas con los que día

tras día nos íbamos encontrando. Fue una experiencia trascendental, crucial para mi vida profesional y académica posterior, y que además se desarrolló en un clima de cordialidad y amistad encomiable e insuperable.

El departamento de Historia del Arte tenía, ya entonces, la mejor cámara fotográfica de formato medio existente en el mercado profesional a nivel mundial: una HASSELBLAD con su equipamiento completo adquirida para el departamento gracias a las gestiones realizadas por don Julián. Su preocupación constante por el departamento, hizo que éste creciera en recursos humanos y materiales, desde lo aparentemente más trivial, como por ejemplo muebles especiales para el archivado de diapositivas, hasta los traslados sucesivos, siempre para mejorar, de un edificio a otro: primero Anaya, después su Hospedería, en tercer lugar, el aula magna o general de las Escuelas menores -donde compartimos espacio con Prehistoria- amparados por un artesanado extraordinario. Más tarde, ya con algunos despachos individuales, en el edificio del Patio de Escuelas frente a la fachada plateresca de las Escuelas Mayores, y, por último, desde 1990, estando yo en Santander, en la actual Facultad de Geografía e Historia con sede en el antiguo colegio de San Pelayo.

Por aquellos años de la década de los 70, con los consejos e indicaciones de don Julián, realicé un primer viaje a Italia en compañía de mi hermano, que me sirvió de referencia para un segundo viaje realizado un año más tarde con el mismo itinerario y ya con alumnos de la primera promoción de licenciados en Historia del Arte por Salamanca y algunos profesores del Departamento. Génova, Parma, Módena, Bolonia, Pisa, Florencia, Urbino, Rávena, Padua, Venecia, Vicenza, Verona, Milán, Turín. Ciudades y monumentos italianos de los que habíamos oído hablar una y otra vez a don Julián, por haberlos visitado él unos años antes.

Mi marcha a Santander en octubre de 1978 para hacerme cargo del departamento

de Historia del Arte en la recién creada Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Cantabria supuso una ruptura física con el Alma Mater salmantina, aunque no con mi querido maestro el profesor Álvarez Villar, quien me aconsejó y alentó en mi nueva tarea y con el que continué manteniendo una relación de amistad a través del teléfono, del correo postal o en las frecuentes visitas que yo realizaba a Salamanca desde Santander. Nos veíamos y charlábamos de las incidencias académicas, de los nuevos libros escritos por él que veían la luz, de la salud, de la familia, de recuerdos vividos, de política, en fin, de todo. Primero en su despacho de la Facultad, después, cuando se jubiló definitivamente como catedrático emérito, en la planta alta de la cafetería Berysa, apostados ambos junto a un balcón con vistas a la Plaza Mayor, y años más tarde en la cafetería del Casino donde no había necesidad de subir escaleras. Él, don Julián, que era salmantino de adopción, nunca permitió que yo corriese con los gastos de la consumición en esas veladas con el pretexto, medio en broma medio en serio, de considerarme ya un foráneo, un montañés decía.

Su fallecimiento el 31 de marzo de 2018, hace ahora escasamente nueve meses, nos deja sumidos en la tristeza, sólo parcialmente sobrellevada por la añoranza hacia su persona y magisterio y, sobre todo, por su legado material de cerca de una treintena de publicaciones entre libros, artículos, participación en catálogos de exposiciones, etc. Y de los que el profesor Martínez Frías nos hará la glosa correspondiente.

Nuestro compañero del CES Santiago Juanes, en una sentida semblanza sobre don Julián publicada el día 4 de abril, dice entre otras cosas: “Nos enseñó a ver más allá de los escudos y de las ventanas, a entrar en las casas por la puerta de la historia y salir por los patios y jardines del arte; nos desveló parte del patrimonio serrano y llevó por sitios históricos de la provincia, como nos asomó al arte y las tradiciones universitarias. Compartió su conocimiento de nuestra ciudad y

provincia, y el Ayuntamiento de Salamanca le dio su medalla de oro...”

Descanse en paz el profesor Álvarez Villar, del que somos deudores sus discípulos,
su Universidad, la ciudad de Salamanca y los miembros de este Centro de Estudios
Salmantinos.

Manuel Sendín Calabuig